

Psicología  
nacional

Por haber rehusado un empleo público de alguna importancia — para el cual la ocurrencia gubernamental tuvo á bien designarnos — las gentes que no comprenden la fuerza de sinceridad con que llevamos adelante el dulce cargamento de nuestros ideales, han dado en exagerar — para elogiarlo ó para vituperarlo — ese acto sencillísimo de nuestra convicción. Tal exageración no agrega timbres al mérito que nuestro proceder pudiera reflejar, ni arroja sombra alguna en la pureza de nuestras intenciones. Y antes bien pone de relieve el estado moral colectivo en que transitoriamente vive el país.

No recogemos, pues, para nosotros, ninguno de los elogios privados y públicos que se nos han dirigido. Tampoco prestamos oído á las censuras. Que si efectivamente se es rey del momento en una tierra de ciegos del respeto propio, porque se lleva un ojo abierto á la lealtad á las ideas sustentadas, tal supremacía sólo puede lisonjear á quienes — huérfanos de todo intento humanitario — dedican la energía de su inteligencia al cultivo de su popularidad. Nuestro paladar repugna tan insulsos manjares.

Por lo que ellos pueden servir á los fines de nuestra propaganda, consignamos aquí los puntos principales de nuestra contestación al Ministerio.

«No hemos podido conciliar — á despecho de la buena voluntad puesta en conseguirlo — estos dos extremos bien definidos de nuestra manera de apreciar las cosas: la aceptación de un puesto público, y la convicción cada vez más robustecida por la experiencia, de que la salud del país está en el alejamiento de esos puestos de la mayor suma de sus energías. Entendemos que sólo así lograría quien lo quisiera simplificar de tal modo los servicios, que el organismo del Estado dejara de ser lo que hoy es: una carga abrumadora que ya no puede soportar el hombro de la multitud.

Dejamos para que de ella juzgue quien deba, la cuestión de nuestras capacidades para el puesto ofrecido,

y entramos en la parte moral del incidente. No nos hacemos la ilusión de creer que pueda realizarse el bien dentro de un sistema viciado por completo. El fracaso doloroso de algunos intentos del gobierno mismo en que usted colabora, nos han confirmado esa realidad; y usted habrá comprendido por ellos que entrando — como forzosamente tiene que entrar — en la administración del país el interés político, la integridad de los hombres que á esa administración lleven su esfuerzo, habrá de irse quedando en girones por el camino de las componendas.

¿El resultado? Un personaje más sobre el Erario y una conciencia menos en el país, cada vez más necesitado de ellas.

¿No le parece á usted que se sirve mejor á la comunidad desde la oscura posición de un sano ejemplo y de una propaganda lenta y eficaz entre el silencio de las masas, que contribuyendo á guardar las rentas del alcance de los malversadores subalternos, mientras se sufre el dolor de contemplar por otros lados el derroche inevitable? A la postre ¿qué gana el país en tal empresa?

Además, se nos invita amablemente á contribuir á la custodia de una renta que á nuestro idealismo impenitente siempre ha parecido inmoral: la renta de licores. Juzgándola así, ni la excusa de contribuir á reglamentar del mejor modo las resultas de un daño secular inevitable, podría valer ante nuestra conciencia, que es á quien únicamente damos satisfacción de nuestras acciones.

Como ya dijimos á usted, la buena labor de futuros gobiernos bien intencionados — si es que el país puede producirlos — se hará posible despejando el sendero del impenetrable zarzal de la empleomanía que ataja ahora — bien lo sabemos — los más rectos avances. En esta tarea de despejo encontramos íntimas satisfacciones, y no queremos perder nuestro derecho á señalar á los jóvenes la ruta que habrá de alejarlos de los puestos públicos. Para el servicio que hoy se nos pide en tan honrosas